

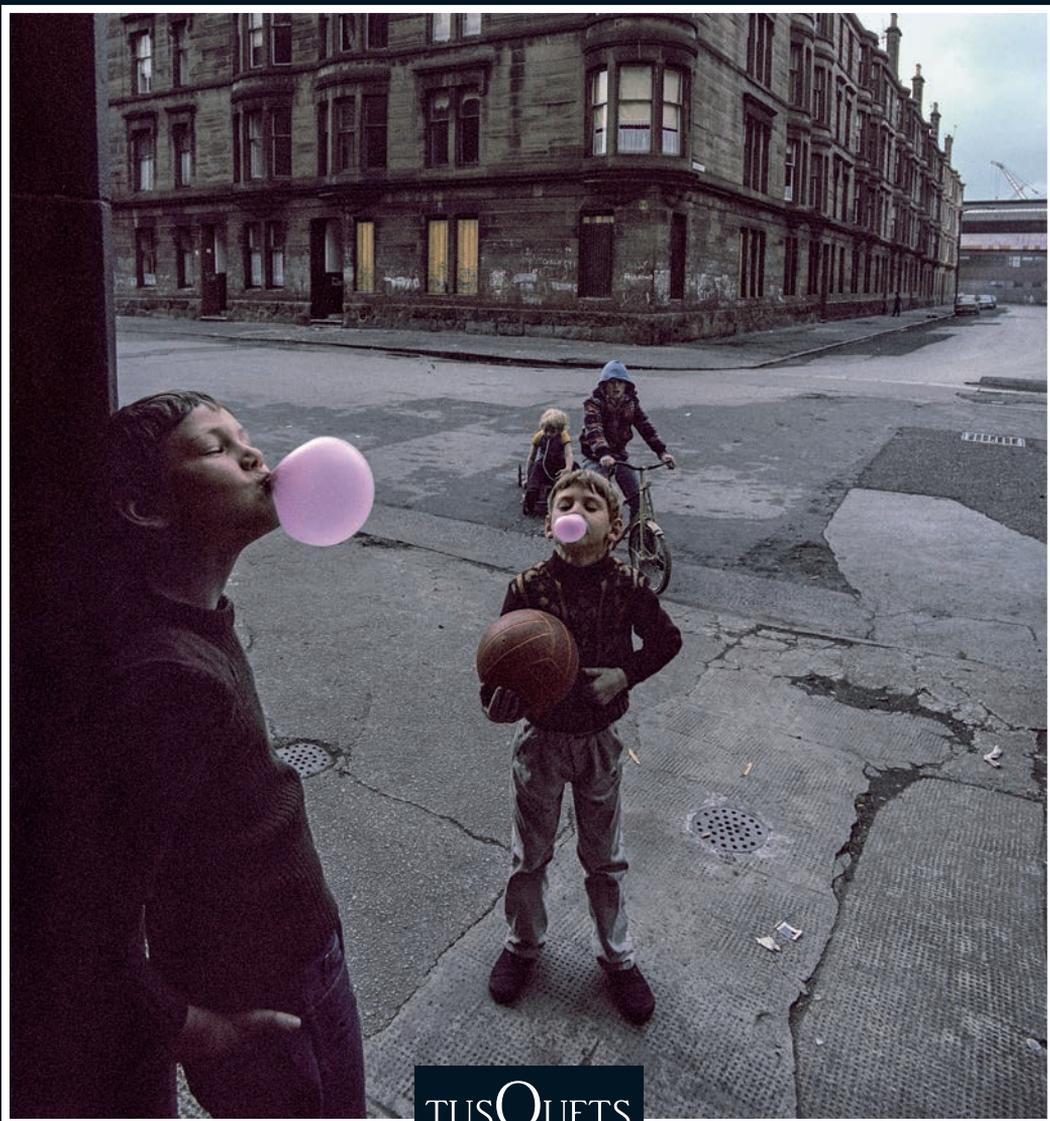
Alan Parks

# HIJOS DE FEBRERO

SERIE  
**HARRY  
McCOY**



*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

ALAN PARKS  
HIJOS DE FEBRERO

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *February's Son*

1.ª edición: enero de 2021

© Alan Parks, 2019

© de la traducción: Juan Trejo Álvarez, 2021  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-892-4  
Depósito legal: B. 20.947-2020  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

McCoy se detuvo durante unos segundos, tenía que hacerlo. Apoyó las manos en las rodillas, inclinado hacia delante, intentando recuperar el aliento. Notaba cómo el sudor le bajaba por la espalda, provocando que la camisa húmeda se le enganchara a la piel bajo el jersey y el abrigo. Alzó la vista en dirección al agente uniformado. Otro de los jugadores de rugby de Murray. Con la anchura de un armario de dos cuerpos y la corpulencia de una bestia. Igual que todos los demás.

—¿En qué planta estamos? —preguntó.

Aquella especie de monstruo ni siquiera jadeaba, se limitaba a observarlo enfundado en su uniforme de lana brillante a causa de la lluvia.

—En la décima, señor. Nos quedan cuatro.

—Cristo bendito. Te estás quedando conmigo, ¿no? Estoy medio muerto.

Subían por una escalera provisional. Tan sólo había una cuerda entre las barras de los andamios a modo de barandilla y la escalera no era más que unos bloques de tosco cemento que ascendían sin descanso hasta lo más alto de un edificio de oficinas a medio construir.

—¿Listo, señor?

McCoy asintió de mala gana y reemprendieron la mar-

cha. Tal vez todo habría resultado más sencillo si no se hubiese bebido dos latas de cerveza Pale Ale ni se hubiese fumado medio porro justo antes de que aquel enorme bastardo fuese a buscarlo. Susan y él se estaban riendo, bailando como dos tarados al ritmo de los Rolling Stones, que sonaban en la radio, cuando llamaron a la puerta. Una gran sombra en forma de agente de policía tras el vidrio escarchado. Durante unos segundos cundió el pánico. Susan abrió las ventanas e intentó despejar el olor a porro con una toalla mientras McCoy hablaba con el agente, al que retuvo en la puerta todo el tiempo posible. Menos mal que habían decidido no repartirse la pastilla que él había encontrado en su billetera.

Ascendieron varias plantas más, doblaron una esquina y, finalmente, McCoy pudo ver el cielo nocturno sobre sus cabezas. Básicamente gris, cubierto de nubes. La luna aparecía de vez en cuando entre las nubes y la lluvia. Permaneció inmóvil durante unos segundos, asimilando las vistas, recuperando el aliento. Glasgow se extendía allí abajo: los oscuros y sucios edificios, las calles húmedas. Caminó hacia un costado, con cuidado, no quería acercarse demasiado al borde porque no había paredes, tan sólo aquellas barandillas formadas por cuerdas. Supuso que miraban hacia el oeste, pues tenían frente a ellos la cúpula de la Biblioteca Mitchell y, un poco más allá, la torre de la universidad. Justo debajo de donde se encontraban, la nueva autopista, todavía en construcción, atravesaba lo poco que quedaba de Charing Cross; era apenas un ancho río de barro marrón y pilones de cemento. Oyó pasos a su espalda y se dio la vuelta.

El inspector jefe Murray le tendió la mano.

—Lamento las horas, pero Thomson no vuelve hasta el lunes. Necesitaba que alguien se hiciese cargo de esto lo antes posible.

Por alguna razón, Murray llevaba puesto un elegante traje bajo su habitual abrigo de piel de borrego. Vestía además los complementos habituales de un acto formal: pajarita, fajín, franja de seda en el costado de los pantalones. Lo único que alteraba el conjunto eran las botas de agua que asomaban bajo la pernera de los pantalones.

—La cena de Lord Provost —dijo Murray al darse cuenta de la atención con la que McCoy lo miraba—. Hotel North British. La comida era pura bazofia. Nunca en mi vida me había alegrado tanto de que me reclamasen por un asesinato.

—¿Siguen intentando llevárselo a la Central? —le preguntó McCoy.

—Siguen insistiendo, pero no van a conseguirlo. Me importa bien poco que me inviten constantemente a cenas elegantes. —Se sacó la pipa apagada de la boca y señaló hacia la oscuridad—. Sígueme, buen peregrino, pues no estoy perdido.

Un camino marcado por pedazos de cartón húmedo llevaba hasta el rincón más lejano de la azotea. Había allí unas diez personas, varios agentes uniformados daban vueltas, dos técnicos estaban montando un toldo; incluso Wee Andy, el fotógrafo, rondaba con su grueso abrigo y una enorme bufanda de lana. Oyó sirenas a lo lejos: vio dos ambulancias cruzando el río en dirección a donde se encontraban, con las luces azules encendidas. Eso significaba que los chicos de la prensa no tardarían en presentarse. Siempre resultaba complicado lograr que un asesinato pasase inadvertido; por no hablar de uno como ése. Un cadáver en lo alto de un edificio de oficinas a medio construir, a dos minutos a pie de la redacción del *Record*. No había posibilidad alguna de mantenerlo en secreto.

—Menudas vistas tenemos desde aquí —dijo Murray se-

ñalando—. Se puede ver la catedral. Si no estuviese lloviendo, incluso podríamos ver el Palacio del Pueblo.

—Genial —replicó McCoy—. Ha valido la pena subir los putos catorce pisos.

Murray negó con la cabeza.

—Y yo que creía que habrías cambiado, pero no, sigues siendo el mismo gilipollas quejica de siempre. Por cierto, ¿cómo te ha ido? ¿Fuiste a terapia?

Había ido. Tres sesiones de dos horas en una habitación trasera con corrientes de aire en la calle Pitt. Una pregunta tras otra.

*¿Qué sentiste cuando le empujaste desde la azotea?*

*¿Qué sentiste cuando viste su cadáver?*

*¿Qué sentiste, realmente, en tu interior, en ese momento? ¿Te sentiste culpable?*

Lo que realmente sentía eran unas abrumadoras ganas de inclinarse por encima del escritorio y darle un puñetazo en toda la cara a aquel cabrón, pero sabía que, en caso de hacerlo, jamás le firmarían el pase, así que permaneció sentado, hablando lo menos posible, observando el reloj. Pero cuando llegó a casa sí se puso a pensar en lo último que le había preguntado aquel tipo.

*¿Todavía te hace feliz ser policía? ¿Es lo que deseas ser?*

McCoy asintió.

—Acudí a las tres citas reglamentarias. Pase firmado. Psicológicamente preparado para cumplir con mi deber.

Murray gruñó.

—¿Cómo te las ingeniaste para sobornarlo?

—Bueno, ¿qué me he perdido? —preguntó McCoy—. Qué es eso tan importante...

—¡Aquí está el chico!

Al volverse vieron a Wattie acercándose, ataviado con anorak, gorro con borla y unos mitones Aran de lana.

Parecía más un bebé entusiasta que un detective en prácticas.

Se quitó uno de los mitones y sacudió con fuerza la mano de McCoy.

—Creía que no se reincorporaba al servicio hasta mañana.

—Y así era. Pero no he podido evitarlo. Bueno, es imposible hacerlo cuando un energúmeno llama a tu puerta y te dice que Murray te necesita.

Wattie sonrió de medio lado.

—¿Me echaba de menos? Porque, maldita sea, yo no lo echaba de...

—¡Watson! —Murray ya había tenido suficiente—. ¡Asegura el escenario del crimen! ¡Deja de comportarte como un jodido estudiante!

Wattie lo saludó y retrocedió bajo la lluvia hacia las luces que habían colocado en la esquina más apartada de la azotea.

—¿Cómo lo está llevando? —preguntó McCoy intentando abrocharse el botón superior del abrigo, lo cual no le estaba resultando sencillo debido a que tenía los dedos entumecidos a causa del frío.

Murray negó con la cabeza.

—Bastante bien, aunque todo le parece un maldito juego. Necesito que le inculques algo de sentido común.

—¿De qué va todo esto? —preguntó McCoy mirando a su alrededor—. ¿Por qué hemos venido a congelarnos las pelotas en lo alto de este edificio?

—Enseguida lo sabrás. Vamos —dijo Murray.

McCoy lo siguió por el sendero de cartones que llevaba hasta el otro extremo de la azotea. A tres pasos de distancia de Murray, como siempre. Era como si nunca se hubiese marchado. El cartón bajo sus pies había empezado a deshacerse debido a la lluvia y al exceso de tránsito. Dos agentes uniformados estaban en una esquina encogidos bajo dos

grandes paraguas que poco podían hacer para evitar que se mojasen. Ambos se esforzaban por conectar los generadores eléctricos.

—Menuda mierda de aparato —dijo uno de ellos, pero entonces se percató de la presencia de Murray—. Lo siento, señor, deme un minuto. —Tras un gruñido logró introducir el enchufe en la toma de corriente que tenía a un lado—. Ahora tendría que funcionar —dijo llevándose los dedos a la boca con la intención de recuperar la sensibilidad.

—Muy bien —respondió Murray—. Entonces, ¿a qué demonios estás esperando?

El agente asintió y apretó el interruptor de encendido. Una brillante luz blanca iluminó la azotea húmeda. McCoy alzó el brazo para cubrirse la cara y después echó un vistazo con los ojos medio cerrados. Nunca se le había dado bien tratar con la sangre, con cualquier clase de sangre, y mucho menos si se trataba de una cantidad considerable. Casi como un acto reflejo, dio un paso atrás. Los márgenes de su ángulo de visión empezaron a nublarse, se sintió mareado. Cerró los ojos, respiró hondo y contó hasta diez. Los abrió de nuevo, vio que todo a su alrededor era rojo y volvió la cabeza lo más rápido que pudo.

—¡Virgen santa! Podría haberme avisado, Murray.

—Podría, pero no lo he hecho —dijo Murray—. Tienes que superarlo. Te lo he dicho un millón de veces. —Miró hacia el rincón iluminado de la azotea y sonrió—. Pero te entiendo, esto es un puto infierno.

Lo era, efectivamente. Había sangre por todas partes. Cubría las paredes a medio acabar, goteaba de la lona agitada por el viento. Parte de esa misma sangre había empezado a congelarse y pequeños cristales de hielo rojo centelleaban bajo la luz de las potentes lámparas. Aunque la mayor parte

seguía siendo líquida, pegajosa, y tenía aquel familiar olor a monedas de cobre y a carnicería.

McCoy se cubrió la boca con la bufanda, se dijo que todo iba a ir bien e intentó concentrarse. No había manera de evitar enfrentarse a aquello. Para acercarse al cadáver iba a tener que pisar un enorme charco de sangre. Allí también había cartones en el suelo, pero como estaban empapados de sangre no supondrían diferencia alguna. Adelantó el pie con cautela, sintió la sangre medio solidificada bajo la suela de su zapato. Una de las lonas restalló por el viento y McCoy dio un respingo; empezó a recuperar el pulso mientras observaba cómo la tela se liberaba y flotaba por encima de uno de los costados del edificio adentrándose en la oscuridad.

Tomó aire varias veces y dio un paso adelante, dobló los bordes de su abrigo sobre las rodillas y se acuclilló. Intentó aislarse del frío y de la lluvia, de la enorme cantidad de sangre, y centró su pensamiento en lo que estaba observando. Era un hombre joven, poco más que un adolescente, de veintipocos años. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pila de barras metálicas del andamio, con las piernas apuntando hacia delante y los brazos colgando a los costados. El extremo de su pierna izquierda era un amasijo de sangre y hueso; el pie parecía a punto de desprenderse.

Estaba prácticamente desnudo, tan sólo llevaba puestos unos calzoncillos. La pálida piel de sus piernas y del torso mostraba una tonalidad azulada bajo aquella luz brillante. Tenía grabada la palabra adiós en el pecho y la sangre le había corrido torso abajo.

McCoy volvió a contar hasta diez, tal como le había aconsejado el doctor, y se fijó en el rostro del hombre. A pesar de todo, seguía bien peinado, con la raya a un lado; las gotas de lluvia centelleaban bajo la luz eléctrica. Uno de sus ojos había desaparecido, lo habían vaciado, mostraba una

especie de vena que sobresalía, con sangre seca cubriendo la mejilla. Le habían metido algo en la boca. McCoy supo de qué se trataba antes de comprobarlo. Lo hizo. No se había equivocado.

Se levantó y corrió hacia un costado, resbalándose, y llegó al borde justo antes de vomitar. Cuando acabó, escupió varias veces e intentó librarse del sabor del ácido estomacal y de la cerveza; todo le daba vueltas.

Notó cómo Murray le palmeaba el hombro y, acto seguido, le pasaba una petaca. Dio un buen trago, dejó que el ardiente whisky le llenase la boca y se lo tragó. Murray movía la cabeza, mirándolo como si fuese un agente en su primer día de servicio. Le devolvió la petaca y Murray le dedicó una mueca de desaprobación.

—Deme un respiro, Murray. ¿Ésta es su idea de diversión? ¿Encender esas grandes luces en cuanto aparezco? Dios bendito, si incluso le han metido la polla en la boca.

—Así es, tienes razón, McCoy. Todo el escenario del crimen lo han preparado para hacerte pasar un mal trago.

McCoy asintió en dirección al cadáver.

—¿Cómo se han enterado de que estaba aquí?

—Una llamada anónima a la Central —dijo Murray.

—¿Del autor del crimen?

Murray asintió.

—¿De quién si no? Ningún otro cabrón podría saber que estaba aquí.

—Señor.

Murray se dio la vuelta. Wattie tenía en la mano una bolsa para pruebas.

—Uno de los agentes ha encontrado esto. —Le entregó la bolsa a Murray.

Murray sacó su linterna, la encendió y apuntó hacia la bolsa. Tres cubos de flash para cámara de fotos, usados, y

dos cartoncitos de Polaroid, de los que hay que arrancar cuando sale la instantánea. Al darle la vuelta a la bolsa pudo observar el reverso fantasmal de la misma. Imágenes invertidas de la cara destrozada del hombre.

—Dios mío —dijo McCoy—. Fotos para después. Encantador. ¿Es posible que tengan huellas dactilares?

Murray asintió.

—¿Qué quiere decir con «para después»? —preguntó Wattie.

McCoy hizo el gesto de masturbarse. Wattie gruñó.

—McCoy, me alegra volver a verte.

Se dio la vuelta: era Phyllis Gilroy, la forense de la policía. Al parecer llevaba una especie de tiara bajo la capucha, unas perlas alrededor del cuello y un vestido de seda rosa cuya parte inferior asomaba por debajo del impermeable negro.

—¿Estabas en el North British? —preguntó McCoy.

Ella asintió.

—La señora Murray estaba indispuesta, así que Hector me invitó amablemente a ser su pareja. Por desgracia, no pudimos quedarnos mucho rato. Tuvimos que marcharnos antes de la actuación. Moira Anderson. Una lástima, creo que tiene una voz excelente.

—Vas muy... —McCoy pensó bien las palabras— bien vestida.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo—, o algo así.

—¿Has echado un vistazo? —le preguntó Murray.

—Así es.

—¿Y?

—¿Valoración provisional? —preguntó. Como siempre—. Disparo en la parte frontal de la cabeza, concretamente en el ojo izquierdo. Como os habréis dado cuenta, ha provocado que desaparezca un buen pedazo de la parte posterior del cráneo. Hay otra herida de bala en el tobillo iz-

quierdo, *post mortem*. Aparte de eso, le golpearon un poco y también tiene arañazos, rasguños y cortes. Y, obviamente, amputación de...

Dudó durante unos segundos.

—El pene. —Prosiguió—: La palabra del pecho parece grabada *post mortem*, pero tengo que volver a comprobarlo...

—¿Por qué no lleva ropa? —preguntó McCoy.

—Esa pregunta, McCoy, te corresponde responderla a ti más que a mí, me temo. Sin embargo, si tuviese que conjeturar diría que el que lo hizo quería que pudiese leerse la palabra ADIÓS en el pecho, pero ya digo que sólo es una suposición. Y ahora, si Hector nos da el visto bueno, le diré a los de la ambulancia que lo preparen para llevárselo.

Murray asintió y ella cruzó la azotea, le hizo un gesto a los sanitarios indicándoles que tenían que irse.

McCoy la observó marcharse, miró a Murray y sonrió.

—¿Ahora es Hector? No sabía que usted y la apreciada Madame Gilroy fueran tan amigos.

—Es un arma secreta. Es perfecta para ahuyentar a los peces gordos. Es inteligente, más rica y más pija que la mayoría de ellos... juntos. Me escondo detrás de ella y sonrío. Así dejan de presionarme con lo de la Central.

McCoy se sopló en las manos. Estaba helado, la lluvia lo había empapado casi por completo. Además, el frío viento que soplabla en lo alto del edificio no ayudaba gran cosa.

—¿Sabemos quién es? ¿El vigilante nocturno o algo parecido?

Murray sacó una bolsa de plástico con una billetera manchada de sangre dentro.

—No lo sé, pero esto estaba junto al cadáver. El que lo hizo quería que lo identificásemos rápido.

McCoy tomó la bolsa de plástico de sus manos y extrajo la billetera intentando no mancharse mucho los dedos de

sangre. La abrió y se las ingenió para leer el nombre en el carnet de conducir.

—No —dijo—. No puede ser.

Siguió rebuscando en la billetera y encontró un pedazo de papel de periódico. Lo desdobló. Lo leyó. No podía creerlo.

—Virgen santa. Es él.

Le pasó a Murray el fragmento de periódico. Murray le echó un vistazo, pero estaba demasiado oscuro para poder leerlo. Encendió la linterna y apuntó el haz de luz hacia el papel. Iluminó el titular.

DEBUT SOÑADO PARA EL NUEVO JUGADOR  
DEL CELTIC